

su nieto, y que hacían preparativos belicosos, creyó imprudente dejarlos aun dueños de los Países Bajos, pues en caso de guerra se apoderarían de ellos sin necesidad de conquistarlos; y de improviso, y en el mismo día, hizo entrar tropas francesas en todas las ciudades donde tenían guarnición los Holandeses. Estos desocuparon los Países Bajos, y lo que era tan solo una precaución contra la supuesta hospitalidad de la república, se consideró como una nueva prueba de la falta de fe y de la ambición de Luis XIV. Había violado el tratado de división con aceptar el testamento; este con la real cédula, y ahora, introduciendo tropas en los Países Bajos, violaba los pactos de Ryswick y las promesas hechas de observarlos.

Estaban á punto de desvainar las espadas; sin embargo, se entablaron negociaciones en la Haya entre los diputados de los Estados Generales, el enviado inglés Stanhope y el conde de Avaux, para tratar de afirmar la vacilante paz. Los Ingleses y los Holandeses reconocieron á Felipe V por mero interés mercantil, pero exigieron que las tropas francesas saliesen inmediatamente de los Países Bajos, que se entregasen de nuevo á los Holandeses las fortalezas limítrofes, y que los Ingleses pudiesen tener guarnición en Newport y en Ostende. Luis XIV desechó estas peticiones sin discutir las, mostrando una altivez silenciosa, y se limitó á ofrecer por medio del conde de Avaux el restablecimiento puro y simple del tratado de Ryswick.

Es verdad que entretanto se coligó con el rey de Portugal, con el duque de Saboya, con los electores de Baviera y de Colonia, con el obispo de Münster, con el duque de Mantua y con el rey de Polonia, elector de Sajonia; pero sus adversarios se unían estrechamente al emperador Leopoldo, lo cual aumentaba sus exigencias y repulsas. En un tratado celebrado el 7 de setiembre, convinieron con Leopoldo en pedir por medio de negociaciones ó conquistar con las armas, además de la *barrera* para los Holandeses, el Milanesado, el reino de las Dos Sicilias y los Países Bajos para el emperador. Á las garantías de defensa para las Provincias Unidas, á los medios de desembarco y de vigilancia para Inglaterra, reclamados ántes, se agregaban ahora compensaciones para el Austria. Tratábase de proveer, no solo á la seguridad de Holanda, sino á las exigencias del emperador; no solo á la defensa contra Francia, sino también á la desmembración de España.

Estas condiciones, que prevalecieron luego en la paz general de Utrecht, debían agradar ménos aun que las anteriores á Luis XIV, y así se negó hasta á entrar en negociaciones con el emperador; añadiendo á la repulsa un paso, que hizo adherirse á la nación inglesa á la alianza celebrada en otro tiempo por Guillermo III.

Jacobo II murió el 18 de setiembre de 1701 en San German, y Luis XIV reconoció por rey de Inglaterra al hijo de aquel rey destronado. Esta régia imprudencia pareció al pueblo inglés un atentado contra sus derechos, y tomó parte con ardor en una guerra movida contra un extranjero, que pretendía imponerle un dueño. Este último yerro coronó la obra: encendió la guerra, que debía ser larga, encarnizada, general.

¿Cuál era el estado de Francia en aquella azarosa época? El gran siglo había concluido, no en cuanto al tiempo, pero sí en cuanto al espíritu, á la fortuna, á los hombres grandes. Estos habían desaparecido uno tras otro, llevando consigo el genio y la fuerza de las generaciones conmovidas. Habíanse apagado sucesivamente aquellas brillantes antorchas llamadas Corneille, Racine, Molière, La Fontaine, Pascal; Bossuet, Boileau, Malebranche y Fénelon no escribían ya, si bien la muerte no había puesto aun fin á su existencia. Una bala disparada al acaso quitó la vida á Turenna,

la mas hermosa inteligencia que se ha presentado en el campo de batalla. El gran Condé, huyendo de la muerte que parecía deber herirle con las armas en la mano, había llevado á Bossuet los últimos días de una vida empezada en Rocroy. De los dos discípulos de estos célebres capitanes, el mariscal de Luxemburgo había fallecido, y el prudente Catinat estaba para perder el favor de la corte. No vivían ya Duquesne ni Tourville, que habían resistido en el mar á las escuadras, hasta entónces superiores, de Inglaterra y Holanda, ilustrando con sus victorias á Francia. Lionne, heredero del sistema de Mazarino, había privado muy pronto al consejo de Luis XIV de las admoniciones de su experiencia. Colbert, restaurador de la hacienda, fundador de las manufacturas, protector de los ingenios, al ver su pacífica influencia aniquilada por el violento predominio de Louvois, había muerto de pesar. Louvois, á su vez, había sucumbido ante el genio paciente, estrecho y astuto de aquella desastrosa consejera con quien se casó Luis XIV, para concluir, como había querido empezar, por un enlace inferior á su categoría (1). Luis XIV era el único que quedaba de su siglo, anciano aislado en medio de nuevas generaciones, privado de sus ilustres contemporáneos, reducido á sustituir, en lugar de Colbert y Louvois, á Chamillard; en lugar de Turenna, Condé y Luxemburgo, á Marsin, Tallard y Villeroi, creyendo que su elección infundía el genio, y dejándose dirigir en ella por madama de Maintenon, que le sugería las providencias, había llegado al declive de su fortuna y principio de sus desgracias. La revocación del edicto de Nantes destruyó la naciente industria del país; la muerte de Colbert causó alteración en la hacienda, la de Louvois debilitó la administración de los ejércitos; las largas guerras arrebataron brazos y capitales á la agricultura. La acción mecánica de los ejércitos, que todavía duraba, estaba á punto de concluir, porque cesan los soldados juntamente con el ardor, y los capitanes con el espíritu, y en cuanto faltan los soldados, los capitanes y el dinero, cesan las victorias. Se hallaban exhaustos los manantiales nutritivos del poder del Estado: el suelo de Francia no producía ya. Luis XIV pesaba sobre ella, ahogando los gérmenes, que solo necesitan de un ligero movimiento para desarrollarse, de un poco de aire libre para crecer. Tales eran las circunstancias en que estalló la guerra de Sucesión.

Continuando aun el impulso dado durante medio siglo, los dos primeros años trascurrieron sin desgracias. En todas las cosas la costumbre sobrevive por algun tiempo al espíritu. En 1702 y 1703 el éxito de la guerra fué dudoso: Luis XIV mantuvo sus ejércitos en Alemania, en los Países Bajos, en Italia y en España. Todos estos campos de batalla estaban aun fuera del territorio francés, y aunque tenía contra sí la mayor parte de las potencias, seguían ayudándole algunas, cuya fidelidad, sin embargo, no era tal que sobreviviere á su fortuna.

En 1704, empezó la serie no interrumpida de desastres. El mariscal Tallard fué derrotado en Hochstett por Marlborough y el príncipe Eugenio, perdiendo en esta batalla treinta mil prisioneros, en cuyo número se contó él, y la reputación de Francia. Desde aquel momento se pusieron de manifiesto la esterilidad del país y la mala elección del príncipe. Á consecuencia de la batalla de Hochstett, la Alemania fué desocupada; se despojó á los electores de Baviera y de Colonia de sus Estados, como aliados de Luis XIV; el rey de Portugal y el duque de Saboya le abandonaron para engrandecerse á su costa. Luis XIV tuvo contra sí los ejércitos de Inglaterra, del imperio, de Holanda, del Piamonte, de Portugal, de Dinamarca,

(1) Véanse las cartas de Mazarino á Luis XIV para disuadirle de casarse con María Mancini, sobrina del cardenal, y sobre todo la larga carta del 28 de agosto de 1659.

de Prusia, de la Lorena, á las órdenes de los capitanes mas insignes de aquel tiempo. La confederación de tantos pueblos estaba dirigida con suma habilidad y admirable acuerdo de voluntades por el triunvirato del gran pensionario Heinsio, Marlborough y el príncipe Eugenio. Tenía todo lo que faltaba á Luis XIV: el número para que no escasease nunca de gente, el dinero para ponerla en movimiento, la prevision para conducirla, y el genio militar para hacer que triunfase.

En 1706, las batallas no ménos desastrosas de Ramillies y de Turin, perdidas por el mariscal de Villeroi contra Marlborough, en el Brabante, y por el mariscal Marsin contra el príncipe Eugenio, en el Piamonte, dieron por resultados, aquella la evacuación de los Países Bajos, y esta la de la Italia. En España, Felipe V, atacado por los Portugueses, por los Austriacos y por los Ingleses, tuvo que abandonar la península al archiduque, que fué proclamado rey de España en Madrid por los confederados victoriosos. Habiéndose refugiado en el reino de Nápoles, no tardó en ser expulsado también de allí.

Después de perder de este modo los países con que Francia contaba en lo exterior, hubo que pensar en defender el reino, especialmente en 1708, después de la derrota del duque de Vendôme en Oudenarde por Marlborough, la cual puso en poder de los aliados lo poco que se había conservado en los Países Bajos. Hubo que defenderlo con generales vencidos, con tropas novicias, con el Erario exhausto, con una nación debilitada y que se estaba muriendo de hambre, porque á los infortunios de la guerra se habían agregado los rigores de la naturaleza. La batalla de Malplaquet, que perdió Villars contra Marlborough, completó los desastres militares de Luis XIV: fué invadido el territorio de Francia; Tournai, Menin, Ipri y Lila cayeron en manos del enemigo, y Luis XIV empezó á temer que pronto no estaria seguro en el mismo Versalles.

Estas desgracias no fueron las únicas. Humillado aquel rey por los golpes de la fortuna, se vió además privado de las personas que le eran mas caras. La muerte penetró en su palacio: la pérdida de los Estados fué seguida de la de sus hijos. Su hijo, que debía sobrevivirle, le precedió al sepulcro; los nietos, destinados á suceder á su sucesor, murieron ántes que él. La jóven duquesa de Borgoña, que alegraba su lóbrega vejez, y animaba su triste corte, desapareció de repente. De los hijos de esta uno fué arrebatado por la muerte, el otro, débil niño, era el resto de una descendencia tan numerosa poco tiempo ántes. Luis XIV, único representante de su siglo, casi podia contarse ya como el solo individuo que quedaba de su familia. El anciano monarca dobló la cabeza bajo la mano de Dios. Humillado pero no abatido, pidió la paz, costándole mucho obtenerla. Después de los desastres de 1704 y 1706 había tratado de conciliarse á aquellos Holandeses que en 1672 querían destruir, y que eran los árbitros de Europa, proponiendo al gran pensionario Heinsio la división de la monarquía española entre el archiduque Carlos y Felipe V, al que se asignaría el reino de Nápoles y los puertos de Toscana; pero sus proposiciones no fueron aceptadas. Los Holandeses exigían, como preliminares, el abandono de toda la monarquía española, y que se levantara una fuerte barrera en los Países Bajos entre ellos y Francia.

Las tentativas de Luis XIV empezaron de nuevo, y las ofertas crecían á medida que los reveses eran mayores. Después de la derrota de Oudenarde y ántes de la de Malplaquet, entró en negociación, fijando como base las condiciones ántes desechadas. Los confederados pidieron: para el Austria, que la monarquía española se entregase enteramente al archiduque Carlos; para Inglaterra, que fuese reconocida la reina Ana, admitida la sucesión protestante, expulsado del

territorio francés el pretendiente, cegado el puerto y demolidas las fortificaciones de Dunkerque; para los Holandeses, que se alzase una barrera, comprendiendo en ella las fortalezas de Lila, de Menin, de Ipri, de Fúrnes, de Condé, de Maubeuge, arrebatados á Francia; para el duque de Saboya, que recobrase la porción de sus Estados ocupada por Luis XIV, conservando además lo que había quitado á este.

Las anteriores condiciones, tan duras como opresivas, fueron comunicadas á Luis XIV, y se ventilaron en su consejo. El duque de Beauvilliers y el canciller Pontchartrain suplicaron al rey, en nombre de sus agobiados pueblos, de la hacienda arruinada, de los ejércitos disueltos, que cediese á todo con tal de alcanzar la paz. Luis, conmovido, se dejó persuadir, y Torcy marchó á la Haya como conductor de estas molestas concesiones. « Siempre me he resignado, » dijo el rey al enviarle, « con la voluntad del Señor, y » los males que afligen á mi reino no me dejan duda » de que exige de mí el sacrificio de cuanto podia serme » mas caro. Olvido, pues, mi gloria (1). »

Pero estos sacrificios no bastaron. Los confederados, abusando á su vez de la fortuna, exigieron también de Luis XIV la cesión de las ciudades de Estrasburgo, Brissac y Landau al imperio; que no tuviese respecto de la Alsacia mas que el derecho de prefectura que le había sido concedido por el tratado de Münster; que abriese esta provincia á los ejércitos alemanes, demoliendo todas las fortalezas construidas por él desde Basilea á Filipsburgo, y que, de acuerdo con los aliados, tomase todas las medidas necesarias á fin de quitar la monarquía española á Felipe V. Luis XIV desechó estos humillantes preliminares de la Haya.

Probó de nuevo la suerte de las armas en Malplaquet; pero una nueva derrota llevó tras de sí nuevos sacrificios, exigencias nuevas. Las conferencias de Gertrüdemberg sometieron el orgullo de Luis XIV á pruebas aun mas crueles que los preliminares de la Haya. No se le pedía tan solo la demolición de algunas fortalezas, el abandono de algunas plazas fronterizas, la promesa de ayudar á los confederados á despojar á Felipe V de la monarquía que Luis había aceptado para él, sino que, además, se exigía que renunciase á la Alsacia, que devolviese todas las conquistas hechas en los Países Bajos después de la paz de los Pirineos, y que destronasen á su nieto. El infeliz monarca, reducido al caso de tener que oír y discutir tales proposiciones, ofreció la cesión de la Alsacia, y 1.000.000 al mes para ayudar á los aliados á arrojar de España á Felipe V, si no quería salir de ella voluntariamente. Afortunadamente esta oferta, obra de la desesperación, fué desechada.

Luis XIV se había humillado, y tocaba á la dureza de sus enemigos y á los acontecimientos elevarle otra vez. La Europa, aunque no tan agobiada por la guerra como Francia, sentía su peso y estaba cansada de combatir. Sabía los sacrificios á que se había resignado Luis XIV para poner término á aquella situación, y el orgullo y la impolítica con que fueron acogidos. Los partidarios de la paz se aumentaban cada día; el objeto de la liga no solo estaba logrado, sino que se había ido mas allá; el príncipe causa de ella con el excesivo aumento de su poder, no inspiraba ya ningún temor; ya no podia, como en otro tiempo, hacer temblar á Holanda, sublevar el imperio contra el emperador, amenazar con imponer á Inglaterra un rey que no era del gusto de aquel país; su orgullo estaba humillado; sus ejércitos habían sido rechazados desde las orillas del Danubio, del Tajo, del Po hasta mas allá de los confines de Francia; no existía ya el príncipe poderoso, sino solo el príncipe necesari-

(1) Carta de Luis XIV al presidente Rouillé, del 29 de abril de 1709. *Correspondencia de Holanda*, tom. 213, y *Memorias de Torcy*, p. 205 del tomo 67 de la Colección Petitot.

rio. Cediendo á una de aquellas pasiones que elevan ó humillan demasiado, Austria y Francia se volvian á colocar en la situación anterior al tratado de Westfalia. Sucedia una dominación á otra, se creaba un peligro para desvanecer los últimos restos de un temor. La pasión hacía que se desatendiese la seguridad. Esto debía comprenderse ántes que en ninguna otra parte en Inglaterra, donde es posible cambiar de sistema segun las circunstancias, y que tiene siempre á mano un partido que adoptar. En efecto, Inglaterra dió un nuevo giro á los acontecimientos.

Desde 1688 estaban al frente del gobierno los whigs, manteniéndose allí por la necesidad de defender á la nueva dinastía de los ataques de la destronada estirpe de los Estuardos, que protegía Luis XIV, y de sostener en el continente el partido protestante contra aquel jefe demasiado poderoso del partido católico. Despues de la paz de Ryswick y del segundo tratado de división, cesando de ser útil, estuvo próximo á caer; pero la guerra de Sucesion impidió su caída, ó mejor dicho, le puso de nuevo en pié. Continuó gobernando hasta que fué preciso asegurar el triunfo de la liga, y destruir las esperanzas de los Estuardos juntamente con el poder de Luis XIV; conseguido este objeto, su misión estaba terminada; no era ya necesario al país, había cansado á la reina Ana, y así cayó con el ministro Godolphin y con el general Marlborough.

Este cambio de política tuvo apariencia de un capricho de corte; pero era una necesidad, no un accidente. Era preciso pasar de la guerra á la paz, y de consiguiente de los whigs á los torys. Este cambio se hizo aun mas indispensable por la muerte del emperador José y por la exaltación del archiduque Carlos al trono imperial. Si aquel príncipe dueño de los Estados austriacos y emperador de Alemania, hubiese sido tambien rey de España, habría reunido en su persona el formidable poder de Carlos V. Así la humillación de Luis XIV y la exaltación del archiduque produjeron una gran mudanza en la fortuna.

Las conferencias para la paz, que no lograron feliz éxito en la Haya, fueron trasladadas secretamente á Londres. En vez de tratar con las potencias unidas, Luis XIV negoció separadamente con cada una y sacó mayores ventajas. Sin embargo, al buen resultado de las negociaciones no contribuyeron solo el triunfo de los torys y el natural temor que debía engendrar un poder excesivo en manos del nuevo emperador, sino que lo facilitaron las victorias alcanzadas por su nieto en España contra los confederados.

Felipe V, movido del afecto que mostraron hácia él los Españoles, y por su propia obstinación, no había querido nunca renunciar á sus derechos. Dos veces fugitivo de Madrid, jamás desesperó de su fortuna. Dos veces fué vuelto á conducir á su capital; en 1707 por el duque de Berwick, despues de la victoria de Almansa, y en 1710 por el duque de Vendôme, despues de la de Villaviciosa. Esta última vez entró definitivamente, y Felipe V recobró poco á poco todo su reino.

Los preliminares de Londres, firmados el 8 de octubre de 1711, constituyeron el tratado separado entre Francia é Inglaterra, y acabaron con la liga, la cual trató en vano de impedirlo. El ejemplo de Inglaterra fué seguido por Holanda, y á los cuatro meses, los preliminares de Londres sirvieron de base á las negociaciones de Utrecht, que principiaron en febrero de 1712. Ántes que fueran llevadas á cabo por el célebre tratado de su nombre, la victoria de Denain contribuyó á darles algun lustre, comunicando cierto aire de gloria á aquel retorno de fortuna.

En este tratado, celebrado el 11 de abril de 1713, se estableció como una de las reglas fundamentales del derecho europeo la perpétua separación de las dos monarquías de Francia y España. Esta perdió los Países Bajos, el reino de Nápoles, los puertos de la Toscana y el ducado de Milan, asignados al emperador: la Cerdeña fué concedida al elector de Baviera

en indemnización de sus Estados; la Sicilia, dada al duque de Saboya, quien conservó ademas á Exilles, Fenestrelle y el valle de Pragères, que había quitado á Francia. Los Holandeses obtuvieron la famosa barrera con tal ardor reclamada, y á la cual Luis XIV cedió las fortalezas de Menin, Tournai, Furnes, Furnes-Ambacht, Knoeke é Ipri. Los Ingleses adquirieron de España á Gibraltar y Menorca, y de Francia la bahía de Hudson, la Acadia, la isla de San Cristóbal y Terranova; ademas Luis XIV se obligó á cegar el puerto de Dunkerque, reconoció la sucesion protestante, y expulsó al pretendiente.

El emperador, á quien el mariscal de Villars tomó las plazas de Landau y Friburgo, no tardó en verse tambien precisado á firmar estas condiciones.

Por los tratados de Rastadt y de Baden, consecuencias del de Utrecht, aceptó en 1714 la parte que le había sido señalada, y tuvo la Cerdeña en cambio de la Baviera, que devolvió al elector. Pero si bien lo mas importante de las contestaciones sobre la sucesion de España se había arregado en Utrecht y Rastadt, quedaron algunos puntos litigiosos que encendieron de nuevo la guerra entre el rey católico y el emperador.

Estos puntos no se decidieron hasta la celebración de los tratados de Viena en 1731 y 1738. Por el primero, se asignaron al infante Don Carlos, hijo de Felipe V, los ducados de Parma y de Plasencia, y se le aseguró el de Toscana. Por el segundo, en cambio de aquellos tres ducados se le concedió el reino de las Dos Sicilias, donde mandó su posteridad, como rama separada de la casa de Borbon. Tal fué el último arreglo tocante á la sucesion de España; y al cabo de dos años se verificó la sucesion de Austria, que produjo nuevas combinaciones y guerras. No obstante esto, el Mediodía de Europa continuó hasta 1789 rigiéndose por el tratado de Utrecht, y con pocas excepciones, aun se rige en el día.

Así terminó aquella larga contienda que ocupó el fin de un siglo y turbó el principio de otro; que dió á España una dinastía continental y la privó de todas las posesiones que le quedaban todavía en Europa; que limitó la Francia en Utrecht, como la paz de Westfalia había limitado al Austria; que acabó, haciéndose una división, como había propuesto cada uno cuando la prudencia imponía silencio á la ambición, y que equilibró en todas partes el poder de las casas de Austria y de Francia, obligándolas á respetarse y respetar á los demas Estados. Los que trataron de oponerse á este desenlace necesario al reposo general, fueron arrastrados á consentirlo por la fuerza de los acontecimientos. Luis XIV, queriendo poseerlo todo, estuvo á pique de quedarse sin nada; sus enemigos, queriendo quitarle todo, hubieron de restituirle lo que le había arrebatado la fortuna. Conservó las provincias que estaba resignado á ceder; vió la triste palidez de sus últimos días iluminada por algunos rayos de gloria; y cuando, despues de haber concluido aquel grande y postrer negocio de su reinado, murió, la corona de Francia pasó tranquilamente de la frente del anciano monarca á la cabeza del niño, único resto de su posteridad.

Este último acto de la lucha que había empezado dos siglos ántes entre Francia y España, confirmó el triunfo del pueblo, cuya ventajosa posición y permanente actividad de espíritu le aseguraba la superioridad sobre el otro: triunfo que provino de la omnipotencia de las causas generales, aunque á primera vista se le creyese ocasionado por las causas secundarias de sucesion y dinastía. El derecho de Francia respecto de España pareció tan natural que todos lo reconocieron: cuando llegó el momento de la sucesion, el último descendiente español de Carlos V se la dejó por entero.

El establecimiento de un príncipe frances en la Península proporcionó á esta la amistad de Francia,

y le hizo adoptar sus miras. El pacto de familia inspiró la misma política á dos países que Luis XIV había querido un día colocar bajo la misma corona: mantuvo la seguridad del uno y contribuyó á la regeneración del otro. Obedeciendo á esta influencia, la España, en ménos de un siglo, mejoró su agricultura, restauró su marina, reorganizó su ejército, dobló su población. Sin embargo, el cambio no fué completo; se detuvo en la superficie y no penetró en las entrañas del país. Pero cuando la autoridad real acabó de constituir á Francia, cuando la unidad monárquica la condujo á la unidad nacional, cuando salió de las ruinas de lo pasado con un nuevo espíritu, y cumplió su gran revolucion para adaptar su gobierno á su estado social, fué á renovar y extender en España con la acción de sus ideas el movimiento que le había impreso un siglo ántes con la introducción de su dinastía.

MIGNET.

(H) pág. 777.

FENELON Á LUIS XIV.

La siguiente carta al rey Luis XIV debió llegarle anónima y hácia el año 1695. Publicóla primeramente d'Alembert en la *Histoire des membres de l'Académie française*, tomo III, p. 331, atribuyéndola á Fenelon; pero se dudaba de su autenticidad. Se adujo como testigo el autógrafo; pero no fué esto suficiente para desvanecer todas las dudas. De todos modos la damos á luz con motivo del cuadro que hace de la situación de la Francia.

« Señor :

Quien se toma la libertad de escribirnos esta carta ningún interés tiene en las cosas del mundo. No le mueven la envidia, ni la ambición, ni el deseo de mezclarse en los negocios importantes. Os ama sin seros conocido, y respeta á Dios en vuestra persona. Con todo vuestro poder no podéis darle ningún bien que él desee, ni hay mal alguno que no esté dispuesto á sufrir de buen grado para haceros conocer las verdades necesarias á vuestra salvación. Si os habla con energía, no lo extrañéis, porque la verdad es enérgica y libre. Vos no estáis acostumbrado á oírlo, y las personas avezadas á la adulación toman fácilmente por envidia, por aspereza, ó por exceso, lo que no es mas que la verdad sencilla. Sería hacerle traición no manifestároslo en toda su latitud. Dios es testigo que el que os habla lo hace con el corazón lleno de celo, de respeto, de fidelidad y de entusiasmo por todo lo que pertenece á vuestro verdadero interés.

Nacisteis, Señor, con un corazón recto y justo; pero los que os educaron, solo os presentaron como ciencia de gobierno la desconfianza, la emulación, el alejar de vos la virtud, temer todo mérito señalado, apreciar á los hombres dóciles y aduladores, la altanería y el cuidado por vuestro solo interés.

Por espacio de treinta años vuestros primeros ministros destrozaron y derribaron todas las antiguas máximas del Estado, á fin de que llegase á su mayor altura vuestra autoridad, que llegaba á ser la suya, porque estaba en sus manos. Ya no se habló del Estado ni de sus constituciones, sino solo del rey y de su voluntad. Se aumentaron al infinito las rentas y vuestros gastos: os elevaron al cielo para eclipsar, decían, la grandeza de todos vuestros predecesores, es decir, para empobrecer á la Francia entera, introduciendo en la corte un lujo monstruoso é incurable. Quisieron elevaros sobre las ruinas de todas las condiciones del Estado, como si pudieseis ser grande arruinando á vuestros súbditos, sobre quienes está fundada vuestra grandeza. Es verdad que vos habéis sido celoso de vuestra autoridad, tal vez demasiado,

en las cosas exteriores; porque en el fondo cada ministro era el dueño en la extensión de la parte de administración que le estaba confiada. Habéis creído gobernar porque habéis fijado los límites entre los que gobiernan; pero ellos mostraron su poder al público que lo sentía demasiado; duros, orgullosos, injustos, violentos, de mala fe, sin conocer mas reglas para la administración interior del Estado, ni para los negocios exteriores que amenazar, oprimir y aniquilar al que se resistía. Solo os hablaban para quitaros todo mérito que pudiese hacerles sombra; os han acostumbrado á recibir continuos elogios exagerados hasta la idolatría, y que por vuestro honor deberíais haber rechazado con indignación; hicieron odioso vuestro nombre y la nación francesa insoportable á sus vecinos; no se conservó un solo aliado, porque solo se querían esclavos, y de este modo produjeron mas de veinte años de sangrientas guerras. Por ejemplo, os hicieron emprender en 1672 la guerra de Holanda por vuestra gloria y para castigar á los Holandeses por algunas burlas con que manifestaron su disgusto de que se hubiesen alterado las reglas de comercio establecidas por Richelieu. Cito especialmente esta guerra, porque fué el origen de todas las demas y no tuvo otro fundamento sino un motivo de gloria y de venganza, el cual jamás puede justificarse: de aquí resulta que todas las fronteras que habéis extendido por medio de esta guerra, son injustamente adquiridas en su origen. Es verdad, señor, que los subsiguientes tratados de paz, parece que cubren y reparan esta injusticia, atendiendo á que os cedieron las plazas que habíais ocupado; pero una guerra injusta no deja de serlo porque haya sido afortunada. Los tratados de paz firmados por los vencidos no se firman libremente; se suscriben con el cuchillo á la garganta y con pesar por evitar mayores pérdidas, como se entrega la bolsa á quien intima que le demos esta ó la vida. Conviene, pues, señor, que os remontéis hasta esta guerra para examinar ante Dios vuestras conquistas.

Es inútil decir que fueron necesarias á vuestro Estado. Jamas nos es necesario lo que los demas poseen; lo que es verdaderamente necesario, es observar una exacta justicia, y no se puede sostener que tengáis derecho á retener ciertas plazas porque aseguren vuestras fronteras. Esta seguridad debéis procurarla con buenas alianzas, con la moderación, ó con plazas que podáis fortificar en el interior de vuestro reino: en fin, esta necesidad de vigilar por vuestra seguridad, jamás os da un título para apoderaros del territorio de vuestro vecino. Consultad á quien sepa y quiera manifestaros la verdad sin rodeos, y os la dirá.

Esto basta, señor, para que reconozcáis que habéis pasado toda vuestra vida fuera del sendero de la verdad y la justicia, y por consiguiente fuera del del Evangelio. Las miserables turbulencias que han desolado la Europa durante veinte años, tanta sangre derramada, tantos escándalos cometidos, tantas provincias saqueadas, tantas ciudades y aldeas reducidas á cenizas, son las funestas consecuencias de esta guerra de 1672, emprendida para vuestra gloria y para confundir á los gaceteros de Holanda y á los que en aquel país acuñaban medallas. Examinad con personas honradas y que no os adulen, si podéis conservar lo que poseéis á consecuencia de los tratados que obligáteis á firmar á vuestros enemigos con una guerra tan mal fundada.

Ella es tambien el manantial de los males que pesan sobre Francia. Despues de esta lucha quisisteis siempre dictar la paz como señor, é imponer las condiciones, en vez de regularlas con equidad y moderación, y por esto la paz no podía ser duradera. Vuestros enemigos, vergonzosamente oprimidos, solo pensaron en armarse de nuevo y reunirse contra vos. Y no es extraño. Vos tampoco os ceñisteis á los límites de la paz que ha-